

## \_UCRANIA EN EL CORAZÓN

Desgraciadamente, la actual guerra que vive Europa no es, como repiten algunos, la primera que se vive en el continente desde 1945. El trágico conflicto en las repúblicas exyugoslavas en la década de los noventa nos hizo revivir los años cuarenta, con episodios tan terribles como el cerco de Sarajevo o la matanza de Srebrenica. Tampoco la invasión de un país soberano por tropas extranjeras es algo novedoso: los tanques soviéticos pisaron Hungría en 1956 y Checoslovaquia en 1968, y los rusos suelo ucraniano hace bien pocos años. A pesar de ello, la invasión de Ucrania nos conmueve profundamente. Vemos ciudades arrasadas por los bombardeos, civiles asesinados tirados por las calles, ancianos que casi no pueden moverse encerrados en sótanos, miradas atónitas de niños ante los acontecimientos que están viviendo, y millones de personas escapando del país. Vemos nuevamente el triste espectáculo de una Europa atravesada por millones de refugiados que escapan para salvar sus vidas.

Quizá lo peor es que nada tenga sentido. Que tras tanta desolación, muerte y destrucción solo estén los sueños imperiales de un tirano o su aversión a la construcción de una democracia en la frontera de su feudo. Y de nuevo, como en la década de los treinta, vemos que un estado totalitario utiliza su aparato represivo para sofocar a los disidentes o el de propaganda para manipular voluntades y sumarlas a una guerra injusta.

Frente a ello nos sentimos muy impotentes. Recordamos el Pacto de Múnich de 1938 y comprendemos que personajes como el tirano que ha desencadenado esta guerra nos dejan sin opciones. Aunque nos repugne la violencia, no se nos ocurre ningún argumento que se oponga a la necesidad de apoyar a los que resisten. Tenemos también la exigencia ética de acoger a los que escapan y proporcionarles unos medios de vida dignos.

Todo ello no nos excusa de hacer examen de conciencia para recordar y no repetir lo que hicimos mal. Acogimos en Europa con entusiasmo a oligarcas de fortunas más que dudosas y les dimos nuestra ciudadanía. En lugar de tratar de conseguir un sistema de seguridad y paz basado en los valores democráticos, hemos tolerado demasiadas veces, dentro y fuera de nuestra Unión Europea, que estos no fueran respetados o directamente violados. Protestamos tímidamente ante las agresiones previas sufridas por Ucrania, Yemen, Siria o Palestina por temor a alterar el *statu quo*. Nos convertimos en entusiastas compradores compulsivos del petróleo y gas ruso, sin dedicar más recursos y esfuerzo al desarrollo de energías alternativas. Pero nuestros errores, ni justifican ni disminuyen la responsabilidad del criminal que ha desatado el peor conflicto europeo en los últimos tres cuartos de siglo.

editorial

